

GEOESTRATEGIA LATINOAMERICANA Y NUEVO ORDEN MUNDIAL: DESAFÍOS Y OBSTÁCULOS ESPACIALES

Pedro Cunill Grau, PH.D.

Facultad de Geografía
Universidad Central de Venezuela, Caracas

RESUMEN

Ante los desafíos que se diseñan en el Nuevo Orden Mundial la presencia de Latinoamérica está perdiendo importancia relativa. Para facilitar su reinsertión internacional se requiere de una geoestrategia latinoamericana global que trascienda ámbitos estrechos subregionales. Se debena alcanzar una especificidad endógena que abarcara al conjunto latinoamericano.

Por ello: la proliferación de acuerdos subregionales debería globalizarse aceleradamente en un Mercado Común Latinoamericano y Canbeño, un organismo de gran magnitud apto para negociar con los megabloques planetanos, y que podna sacar ventajas comparativas ante la crisis de la artificialización geográfica que comienza a desencadenarse en varios países industrializados.

Palabras clave: geoestrategia, megabloques, artificialización geográfica, integración, patrimonio ambiental, consumismo, hedonismo, acuerdos subregionales, índice de desarrollo humano.

SUMMARY

American geostrategy and the world's new order: challenges and spacial obstacles.

In view of the challenges designed in the world's new order, the presence of Latin America is losing importance. In order to facilitate its international rehabilitation, a global Latin American geostrategy which goes beyond the rigid subregional limits is required. It should be achieved an endogenous specificity which embraces Latin America in its entirety.

Therefore, the proliferation of subregional arrangements smould turn quickly out to be a Latin American and Caribbean Common Market, and organism of large magniture suitable for negotiatinf with the planetary mega-blocs. Furthermore, this organism could derive profit from the crisis of the geographic artificiality which is beginning to be unleashed in several industrialized countries.

Key words: goestrategy, mega-blocs, geographic artificiality, integration, environmental heritage, hedonism, consumption, subregional agreements, human development index.

Frente a desafíos económicos, sociales, culturales y ambientales que se han convertido definitivamente en globales, se requiere una geoestrategia latinoamericana y caribeña también global, trascendiendo contenidos localistas y nacionales. En el contexto geopolítico y económico del Nuevo Orden Mundial el conjunto de naciones latinoamericanas y caribeñas no debería continuar desunido, e incluso antagónico entre alguno de sus países, frente a las grandes agrupaciones económicas liderizadas por los países desarrollados de Norteamérica, Europa y Extremo Oriente.

A una Latinoamérica desunida en naciones aisladas o en conjuntos integracionistas estrechos le sería imposible superar el subdesarrollo económico, el rezago cultural y la defensa de su patrimonio ambiental ante la expansión de su población, donde domina la involución de la pobreza crítica. En cambio, el enfrentamiento a estos procesos de subintegración socioeconómica y deterioro ambiental se podría perfeccionar y acelerar en el marco de la integración global multinacional latinoamericana y caribeña, donde se respeten las especificidades de cada estado miembro, contándose con voluntad geoestratégica común y creándose los necesarios instrumentos institucionales.

Más aún, habría que lograrla con una gran voluntad de innovación creadora, rompiendo compartimentos estancos, puesto que en el Nuevo Orden Mundial los desafíos son diferentes, siendo todo novedoso, con sugestivas interconexiones y correlaciones. En la introducción de una reciente obra colectiva intitulada **América Latina. De la marginalidad a la inserción internacional**, Andrés Zaldivar anotaba con precisión este alcance innovador. «Para el caso de América Latina el gran desafío de esta década hasta el comienzo del nuevo milenio, es su re-inserción intemacional, en un mundo complejo para el que no valen los viejos esquemas, ni siquiera los usos y costumbres de hacer política internacional. Esto significa que debemos ser capaces de innovar, de inventar, de anticiparnos a los acontecimientos. y de preparamos para tamaño reto histórico))(1).

En el ámbito geográfico de estos momentos epigonales del siglo XX hay que considerar que estamos sumidos en nuevas realidades geopolíticas muy frágiles, inmersas en tiempos de desenlaces rápidos, de paradigmas anticuados, donde ya no hay porvenir para sociedades que sigan persistiendo en ilusiones de modelos perdidos o que soportan pasivamente inequidades socioeconómicas, culturales y ambientales, respetando a ultranza el statu quo intemacional, por considerar puerilmente que los actuales escenarios geopolíticos planetarios se mantendrán inquebrantables durante muchos decenios más. Están equivocadas, puesto que el período transicional del Nuevo Orden Mundial bajo la hegemonía de un sistema unipolar militar y multipolar económico y tecnológico, con una creciente depredación ambiental en aras del neoliberalismo, será sumamente breve. Llegando apenas a la alborada del siglo XXI.

Ello no nos exime de afrontar este corto período prospectivo transicional del Nuevo Orden Mundial. Tanto más que Latinoamérica y el Caribe han perdido importancia relativa en el planeta, encogiéndose su peso específico en los foros mundiales, por la emergencia de nuevas naciones independientes surgidas por los procesos de descolonización, y más recientemente por las que han surgido por la desintegración del anterior bloque soviético y de la fragmentación del conjunto eslavo.

A su vez, absolutamente ningún país latinoamericano y caribeño está en condiciones de afrontar por sí solo los desafíos económicos del Nuevo Orden Mundial. Por lo tanto,

hay que afrontar creativamente el proceso de mundialización y transformación de la economía planetaria. La única alternativa es la interacción, puesto que, como la reconocen los especialistas más reputados, la no-integración es la definitiva renuncia a iniciar el desarrollo sostenido.

Ante este dilema presentaremos tres aspectos claves para conformar una adecuada geoestrategia endógena latinoamericana en el cuadro transicional del Nuevo Orden Mundial, cada uno de los cuales plantea singulares desafíos y obstáculos espaciales.

I) SUPERAR LA ASIMETRÍA DE LA MICROPRESENCIA NACIONAL LATINOAMERICANA EN LOS MEGABLOQUES INTEGRADOS PLANETARIOS

Un singular desafío espacial y poblacional se está conformando en el Nuevo Orden Mundial con el avance incontenible de megabloques integrados planetarios. Los más poderosos se estructuran en Norteamérica, Europa y Asia-Cuenca del Pacífico. A pesar de obstáculos de todo tipo se va insistiendo con obstinación en su ampliación geopolítica, aunque su crecimiento no es indiscriminado ni aditivo mecánicamente. Por el contrario, obedece básicamente a concepciones elitistas para conservar y mejorar ingresos de las naciones más industrializadas.

No fue algo casual el contraste entre las esperanzas y las realidades que suscitó la **Iniciativa de las Américas**, anunciada por el presidente Bush en junio de 1990, que pretendía promover la liberalización del comercio entre los EE.UU y los países latinoamericanos, con el objetivo de establecer una zona de libre comercio que comprendiera a todo el continente. Algunos especialistas saludaron este principio. «Como iniciativa alternativa de gran significación, debe mencionarse la reciente propuesta de Estados Unidos respecto a la posibilidad de conformar un mercado único desde Alaska hasta la Patagonia...» (2). Han pasado cinco años y los resultados han sido muy limitados, no habiéndose logrado superar las tendencias proteccionistas vigentes en los Estados Unidos, siendo evidente, al presente, que una geoestrategia latinoamericana integracionista no puede estar sujeta en forma exclusiva a esta posibilidad.

Más aún, tratadistas reputados advertían con anterioridad, sin tapujos, de los verdaderos fines en el ámbito integracionista norteamericano con Latinoamérica, interesándose sólo en la escogencia discriminada de unos pocos países privilegiados. A este respecto, llama la atención el planteamiento de Michel Albert quien indica en su restringida lista de los países capitalistas, desarrollados o en rápido desarrollo a: «América del Norte, incluido México; y, en América del Sur, Chile, tan vigoroso en su nuevo lanzamiento económico» (3). A su vez, Lester Thurow ya planteaba a comienzos de la década de los noventa que Estados Unidos sólo daría privilegios especiales a México, para ayudar a suavizar el problema de la emigración mexicana hacia la potencia norteamericana, viéndose perjudicado el resto de América Latina (4). Interpretamos ambas tesis como un fomento al desgajamiento de países claves del proceso autónomo y endógeno de integración latinoamericana y caribeña.

De allí se pasó a suscribir en 1993 el **Tratado de Libre Comercio de América del Norte** (TICAN o NAFTA, según sus siglas en inglés), integrado por Canadá, Estados

Unidos y México, indiscutiblemente un megabloque integrado que prevé la eliminación en quince años de todas las barreras aduaneras entre los tres países, creando así un mercado único con 363 millones de potenciales consumidores. Ahora bien, es importante visualizar en una óptica geoestratégica latinoamericana, que NAFTA tampoco es una alternativa viable para la entrada unida de Latinoamérica y el Caribe a la inserción planetaria, por diluir el poder negociador latinoamericano sólo a escala nacional impidiendo su implementación en una posición global combinada, e inclusive azaroso para la economía del enclave privilegiado de México, como se demuestra en su actual crisis.

En marzo de 1993 advertimos de este peligro en la ciudad venezolana de Mérida en la conferencia magistral de apertura del Cuarto Encuentro de Geógrafos de América Latina, planteando además el riesgo de una competencia desigual entre los países latinoamericanos, reclamos que fueron difundidos incluso en México (5). Más adelante, el exclusivismo en la eventual apertura de NAFTA ha sido expuesto descamadamente por Alberto Van Klaveren: «... en realidad pretende regular formalmente una relación de estrecha interdependencia económica entre los tres países. A pesar de ello, no se excluye su ampliación a algunos países latinoamericanos, pero condicionada al cumplimiento de requisitos muy estrictos en materia de estabilidad y apertura económica, que a la fecha sólo unos contados países parecen reunir. La Administración estadounidense sólo ha adoptado un compromiso concreto en este sentido con Chile, sea para la negociación de un acuerdo bilateral o, como parece más probable, una adhesión chilena al NAFTA, una vez que éste sea ratificado y entre en funcionamiento» (6).

Aún más cerrado para Latinoamérica y el Caribe aparece el segundo megabloque planetario de la **Unión Europea** con sus quince naciones miembros y 367 millones de habitantes, que probablemente se ampliará en los próximos años a la casi totalidad de la Europa Occidental con alrededor de 500 millones de personas. Ha sido imposible hasta ahora implementar una geoestrategia latinoamericana y caribeña común ante las dificultades de ingreso de múltiples productos y materias primas generadas en la geografía latinoamericana al mercado comunitario europeo, como textiles, acero, bananos, cereales y otros productos agrícolas. En cambio, se han ido incrementando las exportaciones de la Unión Europea hacia Latinoamérica, como se desprende de las cifras editadas por EUROSTAT e interpretadas por Roberto Smith: «A pesar de la recesión en Europa, recientemente América Latina se ha convertido en el mercado común más dinámico del mundo para las exportaciones europeas. Durante los tres últimos años, las exportaciones de Europa a América Latina han crecido en un 33%, mientras que las exportaciones globales han crecido tan sólo 4% y las exportaciones a los Estados Unidos han caído en un 4%. En la última década, las exportaciones europeas a América Latina se duplicaron de 12 mil millones de Ecus en 1983 a más de 20 mil millones en 1993. Mientras tanto, las exportaciones de América Latina a Europa han caído de su pico de 30 mil millones de Ecus en 1985 a 19 mil millones en 1993. Por primera vez en más de tres décadas, 1993 marcó la desaparición del déficit comercial que Europa mantuvo con América Latina» (7).

La imposibilidad de negociaciones exitosas a nivel binacional han sido evidentes para todos los países latinoamericanos y caribeños en el mercado comunitario europeo. Ello se puede ejemplarizar con Venezuela. Sin embargo, la situación cambia cuando el país se

cubre con un grupo de integración subregional. Así, una de las ventajas competitivas del Grupo Andino está en la pertenencia de todos los países andinos al Sistema de Preferencias Arancelarias de la Unión Europea. Por ello, sólo recientemente, a finales de 1994, encuadrándose con sus socios del Grupo Andino, Venezuela logró que la Unión Europea la incluyera en el citado Sistema, lo que le dará el margen comercial necesario para aumentar la penetración en el mercado de productos venezolanos, como frutas tropicales, textiles, cueros, pesca, productos de aluminio y acero, petroquímica. En una futura geoestrategia latinoamericana y caribeña ante la Unión Europea es conveniente ponderar los obstáculos de crecientes confrontaciones comerciales cada vez más cruentas, la finalización de la cooperación europea tradicional y la firmeza del proteccionismo europeo en mercancías claves. Por ello, sólo es posible negociar en bloque de Latinoamérica y el Caribe para que la Unión Europea muestre mayor interés en una relación económica que sigue siendo percibida por la mayoría de los europeos como irrelevante, ante los desafíos más estimulantes en la apertura del mercado de la Europa Central y Oriental, pérdida de importancia de varios productos latinoamericanos tradicionales ante los cambios en la geografía del consumo europeo, y competencia de productos manufacturados más baratos del Sudeste asiático.

Sin embargo, la Unión Europea debería prestar mucha mayor atención al futuro desenvolvimiento en la segura y sostenida movilización de materias primas latinoamericanas, ante eventuales problemas de abastecimiento fluido de petróleo, gas natural y otros recursos naturales, que se pueden ver obstaculizados por el avance del integrismo islámico en África del Norte y Golfo Pérsico. Por ejemplo, a escala subregional, el Grupo Andino tiene un rico potencial de recursos naturales, entre ellos, más del 50% de las reservas seguras y probables de petróleo y gas natural de América Latina, 53% de las de carbón, 40% del potencial hidroeléctrico y 10% de la reserva mundial de cobre (8). Esta y otras ventajas competitivas, deberían iniciar mayor interés de parte de inversionistas europeos, ante las posibilidades que plantean todos los acuerdos subregionales latinoamericanos y caribeños, donde las mercancías circulan libremente, sin restricciones ni aranceles de ningún tipo. Obviamente ello se facilitará a otra escala, aún más conveniente, al producirse la integración global latinoamericana.

A su vez, Latinoamérica debería iniciar concretamente una nueva etapa en sus relaciones comerciales y culturales con la Unión Europea, aprovechando sus lazos preferenciales históricos, geográficos y culturales con España y Portugal. A este respecto, es sumamente estimulante la posición de España en ir favoreciendo el proyecto de una Comunidad Iberoamericana. Ello se ha iniciado en su fase de **Conferencia Iberoamericana** en la primera Cumbre Iberoamericana en Guadalajara en 1991, definiéndose allí que esta Cumbre estará compuesta por 21 países iberoamericanos, estados soberanos de idioma español y portugués en América y Europa, y abordando a la Comunidad Iberoamericana en un conjunto de afinidades históricas que nos enlazan con España y Portugal, en un instrumento de unidad, basado en el diálogo, la cooperación y la solidaridad. Incluso se está destacando en la Cuarta Cumbre Iberoamericana, efectuada en junio de 1994 en Cartagena de Indias, la necesidad de la convergencia de esquemas de interacción, como se lee en el punto 15 del Documento Final: «Europa se ha constituido en el segundo socio comercial de América Latina y ésta a su vez en el primer mercado para las inversiones de la Unión

Europea. En esas condiciones se deben afianzar las relaciones entre las dos áreas, identificando los mecanismos adecuados para el diálogo y la cooperación, así como nuevos instrumentos que las enriquezcan. Asimismo, se destaca la necesidad de lograr un comercio equilibrado entre ambas regiones teniendo en cuenta la importancia del acceso de los productos latinoamericanos al mercado europeo» (9).

En esta convergencia gradual y de complementariedad entre los diversos esquemas de integración en los que participan, por un lado España y Portugal en la Unión Europea y por otro los diversos acuerdos subregionales de Latinoamérica, ha sido básica la comprensión del Ministerio de Asuntos Exteriores de España acerca del significado prospectivo que tienen las opciones geográficas del mercado americano, como asimismo su llamada de atención a los problemas que le puede ocasionar el desenvolvimiento del NAFTA: «Unas palabras sobre el Tratado de Libre Comercio suscrito por Canadá, Estados Unidos y México. Creo que es uno de los pasos más ambiciosos que se han dado en los últimos años, que tiene, además, una vocación expansiva, que puede integrar a medio plazo a aquellos países iberoamericanos más abiertos al comercio y a la inversión internacionales, con un componente político: se establece una nueva situación que no dejará de afectar también a los intercambios económicos que la propia España, que nuestro país tenga con los países signatarios, y muy concretamente, con México. Nos va a plantear también a nosotros un reto, un reto a nuestra capacidad de presencia comercial en el continente americano. Seguiremos y deberemos seguir atentamente la evolución de esa dinámica nueva para minimizar los inconvenientes que nos pueda producir, y lógicamente, maximizar las oportunidades de participar en ese gran mercado integrado que ahora se crea» (10).

Durante mi reciente invitación a España, donde impartí la cátedra Francisco Herrera Luque en la Universidad de Salamanca, percibí en medios académicos, políticos y empresariales, lo mismo que en las regiones de Castilla-León, Andalucía, Galicia, Extremadura, Castilla-La Mancha, Canarias y otras, un profundo interés en establecer mayores relaciones comerciales con Iberoamérica. En particular, me llamó la atención que presta la juventud, apenas percibe la oportunidad laboral y de inserción económica que le puede prestar la integración americana. He sentido que este planteamiento es compartido por gobierno y oposición, como se puede visualizar por innovadores materiales que circulan de la Sección Iberoamericana del Ministerio de Asuntos Exteriores de España: «De acuerdo con los últimos datos de que se disponen y que hemos esbozado someramente se puede llegar a la conclusión que invertir hoy en América Latina puede y debe tener una rentabilidad de futuro. Los países del Este europeo no tienen las mismas condiciones todavía. El año 2000 puede ser la hora de América Latina. Conviene pensárselo antes que la Unión Europea se incline por otras opciones menos rentables tanto desde el punto de vista económico como del social, teniendo en cuenta que las dos regiones tienen un común denominador de pensamiento y acción occidentales» (11).

Con mayor complejidad se esboza el desafío para una geoestrategia latinoamericana y caribeña del megabloque integrado planetario en gestación en el **Foro de Cooperación Económica Asia-Pacífico**, APEC, cuya segunda cumbre se celebró en Bogor, Indonesia, el 15 de noviembre de 1994. Se ha convertido en uno de los ejes de la geopolítica estadounidense. Junto a Australia, de donde surgió la idea para su primera conformación en 1989 por el primer ministro Bob Hawke, Estados Unidos ha agrupado en tomo al

proyecto a las siguientes naciones: Brunei, Canadá, Corea del Sur, Chile, Filipinas, Hong Kong, Indonesia, Japón, Malasia, México, Nueva Zelanda, Papúa-Nueva Guinea, Singapur, Taiwán y Tailandia. Ellos tienen una población de 2.200 millones de consumidores en potencia, dominando el 41% del comercio mundial.

Aunque la APEC es un bloque comercial y de inversiones todavía en gestación, embrionario, pretende convertirse para el año 2020 en una zona de libre cambio y de mercados abiertos, que tendrá un profundo impacto en la economía planetaria. Más aún, la Cuenca del Pacífico tiene fronteras de ampliación, susceptible de dilatarse tanto por el este como por el occidente. A este respecto, la geoestrategia latinoamericana debe estar afinada en que, aunque APEC es todavía sólo un foro, una palestra, conducirá ineluctablemente a un megabloque comercial integrado, donde se evidencia el interés creciente de los Estados Unidos por la Cuenca del Pacífico y, en particular, de China, cuyo mercado potencial de más de 1.100 millones de consumidores tiene oportunidades mucho mayores de las que ofrece el mercado latinoamericano, lo que explica la pérdida de atractivo ejercido en otro tiempo por Latinoamérica.

A este respecto se está evidenciando un proceso geopolítico de olvido de Latinoamérica y de sus recursos en función de la mayor prioridad dada a China y a otras naciones del Pacífico, como Indonesia, Malasia y Tailandia. Ello está ocurriendo aceleradamente sin que la mayoría de empresarios y dirigentes políticos de los países latinoamericanos y caribeños parecieran haberse percatado del peligro. En cambio, siguen privilegiando acuerdos bilaterales con Japón, que va quedando rezagado en función de las inversiones para el desenvolvimiento de China austral, cediendo paso a capitales chinos de Taiwan, Hong Kong, Singapur, norteamericanos y europeos. En este encuadre es previsible que Japón relegue a un discreto segundo plano sus intereses latinoamericanos y compita fuertemente con los EE.UU para asumir el futuro liderazgo de APEC, como es demandado por la opinión pública japonesa.

En cada uno de estos megabloques una o varias naciones super-desarrolladas tratan de mantener un franco liderazgo, contando con la aquiescencia de las otras naciones desarrolladas, produciendo una proporción inadecuada de las partes aisladas nacionales de menor desarrollo relativo ante el todo integracionista mismo. Esta obvia asimetría puede conducir a complejos procesos de neodependencia y a futuros aislamientos del marco global latinoamericano. Es, a nuestro concepto, la geoestrategia equivocada que han seguido México y Chile, el primero incorporado tanto a NAFTA como a APEC, y el segundo a APEC y bregando su adhesión a NAFTA.

Observamos con suma preocupación esta asimetría de la micropresencia nacional latinoamericana en el contexto de los megabloques integrados planetarios, puesto que ello incidirá en un desgajamiento integracionista latinoamericano. No puede haber auténtico proceso de integración ante tanta magnitud de desigualdades socioeconómicas y divergencias ambientales; a lo más que se perfeccionará un novísimo proceso de dependencia. Los geógrafos tenemos que advertir que se trata de la consolidación de una nueva expresión de la hegemonía estadounidense, europea o asiática.

II) LA PROLIFERACIÓN DE ACUERDOS SUBREGIONALES DEBE GLOBALIZARSE EN FORMA ENDÓGENA EN UN MERCADO COMÚN LATINOAMERICANO Y CARIBEÑO

Los procesos parcializados de integración económica han producido una proliferación de acuerdos subregionales con clara incidencia en la movilización espacial latinoamericana, entre los que destacan el **Grupo Andino**; el **Mercado Común Centroamericano o Sistema de Integración Centroamericana (SICA)**; el **Grupo de los Tres** conformado por Colombia, México y Venezuela; la **Comunidad del Caribe (CARICOM)**; la **Asociación de Estados del Caribe (AEC)**; y el **Mercado Común del Sur (MERCOSUR)**: que se están proyectando fuertemente en la geografía latinoamericana en una constelación de zonas de libre comercio y de algunos mercados comunes subregionales.

El Nuevo Orden Mundial está obligado a iniciar procesos de integración subregionales más amplios. Por ejemplo, en el CARICOM se evidenció la absoluta necesidad de ampliación para una mejor inserción internacional, puesto que el exiguo tamaño de sus territorios y población insular limitaba sus posibilidades ante los megabloques planetarios, que a su vez se desinteresaban de subsidiar la costosa presencia geopolítica en este ámbito al finalizar la Guerra Fría. Ello culminó con la reciente creación el 24 de julio de 1994 de la **Asociación de Estados del Caribe, AEC**, que cuando sea ratificada comprenderá no sólo las islas y territorios dependientes de las Antillas, sino también los países de Centro y Sur América con costas caribeñas e inclusive países extracaribeños como El Salvador, Guyana, Suriname, y Guayana Francesa. Su sede estará en Puerto España, Trinidad. Esta creación de la AEC posibilitará relaciones más estrechas entre el CARICOM y los países continentales de la Cuenca del Caribe y zonas culturales inmediatas, además de asegurar una magnitud geográfica más adecuada a la nueva entidad integracionista subregional para maximizar un desarrollo sostenido a largo plazo en esta Cuenca del Caribe en lo económico, social, cultural y ambiental.

En efecto, la ponderación se efectuará a otra escala, puesto que el grupo de integración de CARICOM está conformado por sólo trece países y territorios angloparlantes del Caribe con una población de 5.655.000 habitantes, mientras que la AEC contará con una población de 202.000.000 de habitantes repartidos en 25 estados independientes y múltiples territorios dependientes como Anguila, Islas Vírgenes Británicas, Islas Caimán, Monserrat, Islas Turks y Caicos, Antillas Neerlandesas, Aruba, Departamentos Franceses de Guadalupe, Martinica y Guayana Francesa. Para algunas de las naciones participantes, especialmente para las del Caribe angloparlante, la AEC puede llegar a ser un contrapeso eficaz al Acuerdo de Libre Comercio de América del Norte, cuya puesta en marcha ha afectado sus tradicionales relaciones comerciales con Estados Unidos y Canadá. A su vez, para México, las naciones centroamericanas, Colombia y Venezuela, se pueden profundizar las relaciones comerciales con la CARICOM y abrir sus opciones para el establecimiento de vínculos más estables con la Unión Europea, al estar representados en la AEC territorios caribeños dependientes de Francia, Gran Bretaña y Holanda.

Aunque en líneas generales toda creación de nuevas instituciones integracionistas no logra suprimir otras, que se convierten en inoperantes y obsoletas, sumándose generaciones de rutinarios y encallecidos burócratas que consumen lo substancial de ingentes gastos

de administración de las múltiples secretarías de integración subregional, es evidente que a mediano y largo plazo la creación de la AEC puede poner en jaque a la CARICOM, al SICA, e incluso a otros entes paralelos que traslapan territorios geográficos y acuerdos económicos. Ello es advertido en forma particular por el economista Edwin W. Carrington: «Si el establecimiento de un mercado y una economía única ocurre según lo planeado, la Asociación podría servir de marco, apoyo dentro del cual podría florecer el proceso de integración de la región de la CARICOM. Por otra parte, si la CARICOM se estanca y tambalea, la AEC puede convertirse en un órgano competente en la medida en que sus decisiones y recomendaciones tengan más peso que una CARICOM que no toma decisiones o bien, si las toma, no las instrumenta efectivamente* (12).

A su vez, es sumamente interesante el intento de globalización subregional que inició la Comisión del Acuerdo de Cartagena al invitar a las naciones de MERCOSUR a iniciar negociaciones para acordar un Tratado de Libre Comercio con el Grupo Andino. Ha sido muy dinámica la evolución de MERCOSUR, conformado en 1991 con Argentina, Brasil, Paraguay y Uruguay, logrando incrementar su comercio intra MERCOSUR en un 45% en el primer año de su funcionamiento, y constituir a partir de enero de 1995 una zona de libre comercio y unión arancelaria que abarca 11.077.000 kilómetros cuadrados de superficie con 195 millones de habitantes. A su vez, el Grupo Andino constituido en 1969 y repotenciado desde 1988, cuenta actualmente con los estados miembros de Bolivia, Colombia, Ecuador, Perú y Venezuela, comprendiendo 4.718.320 kilómetros cuadrados con algo más de 90 millones de habitantes, aprobando el establecimiento de un arancel externo común a partir de 1995, con lo que complementa su zona de libre comercio y permite avanzar en la conformación de la unión aduanera andina.

Chile, que desde su salida en 1976 del Grupo Andino no participaba en ningún organismo de integración latinoamericana, está eligiendo en estos últimos años la vía de los acuerdos bilaterales, firmando múltiples acuerdos de complementación económica, como el suscrito en 1991 con México y en 1993 con Venezuela, todos ellos de amplia cobertura, además de sus negociaciones preliminares para unirse al NAFTA. Simultáneamente el MERCOSUR tiende a promover la adhesión de Chile, para ampliar sus fronteras comerciales a través del Océano Pacífico hacia Asia. En efecto, el país austral no sólo se ha sumado a la APEC, sino que también aspira a convertirse en eslabón estratégico entre Latinoamérica y Japón, que se ha situado desde 1991 como primer mercado para las exportaciones chilenas, desplazando a los EE.UU, que había dominado el intercambio comercial con Chile en las últimas dos décadas. Un papel similar de apertura hacia el Extremo Oriente y la Cuenca del Pacífico se esboza en la geoestrategia comercial de Perú y México, que al igual de Chile, son miembros plenos del **Consejo de Cooperación Económica del Pacífico**. PECC en su sigla inglesa.

Coetáneamente, desde 1989 el Grupo de los Tres, conformado por Colombia, México y Venezuela, ha posibilitado la apertura de otra zona de libre comercio de extraordinarias dimensiones. con algo más de cuatro millones de kilómetros cuadrados de superficie y 145 millones de habitantes, con gran influencia geopolítica en el Caribe y Centroamérica. Su dinamismo lo está convirtiendo en uno de los instrumentos más eficaces en la promoción de la integración latinoamericana y hemisférica, por estar abierto a la posibilidad de incorporación de otros países latinoamericanos. De interés ha sido el Compromiso de

Caracas de 12 de febrero de 1993 que define el esquema de cooperación de este Grupo de los Tres y los países centroamericanos; asimismo está participando crecientemente en el comercio con NAFTA.

En otro amplio marco se sitúa la propuesta de Brasil para la creación de un **Área Libre de Comercio Sudamericana** (ALCSA), a través de procesos de desgravación progresiva, en un plazo de diez años, entre los países sudamericanos. Obviamente ello se traslapa tanto con el Grupo Andino, como con el MERCOSUR y el Grupo de los Tres, lo que aconsejaría sincronizar sus correspondientes procesos de integración subregional. En caso contrario se puede llegar a una anárquica atomización, creándose distorsiones y desviaciones en una geoestrategia común integracionista.

Sin embargo, no son suficientes estos procesos de integración globalizada subregional, puesto que todavía no pueden tener una gran capacidad de negociación y decisión geoestratégica ante los megabloques integrados planetarios. Por ello, hay que dinamizar estos procesos con una innovadora geoestrategia, que supere las experiencias poco exitosas de la **Asociación Latinoamericana de Integración, ALADI**, del **Sistema Económico Latinoamericano, SELA**, y de la sempiterna CEPAL, puesto que el surgimiento en los últimos años de procesos traslapados de integración, como los acuerdos de amplia cobertura con terceros países, ha determinado que estas vetustas instituciones deban adecuar sus estructuras a estas nuevas realidades espaciales apara enfrentar la multipolaridad económica mundial con su fuerte tendencia a la consolidación de grandes espacios económicos. Simultáneamente en todas ellas habría que aplicar una política de remozamiento de sus cuadros directivos y profesionales, que tienden a conformar clubes excluyentes y estructuras inoperantes.

Renovación de cuadros, eficiencia de las instituciones integracionistas, gran sentido de innovación y realismo ante el desigual poderío económico, tecnológico y cultural de los mercados mundiales, son pasos previos para estructurar la geoestrategia latinoamericana en los tiempos transicionales del Nuevo Orden Mundial. Ello debería iniciarse con procesos de fusión más rápida de los acuerdos subregionales vigentes, articulándolos en el establecimiento de un dinámico **Mercado Común Latinoamericano y Caribeño**, desde el n o Grande hasta los confines australes, donde continente e islas americanas se estructuren en su proyección marítima del Océano Atlántico al Océano Pacífico.

En este foro amplio y con especificidad cultural se podrán plantear respuestas creativas a los problemas claves para el desarrollo sustentable latinoamericano y el mejoramiento de la calidad de vida de sus habitantes. Este Mercado Común Latinoamericano y Caribeño podrá ser un adecuado interlocutor ante los megabloques integracionistas planetarios. Es un modelo de integración endógena a seguir con decisión y continuidad.

III) LATINOAMÉRICA PODRÍA SACAR VENTAJA DE LA CRISIS DE LA ARTIFICIALIZACIÓN GEOGRÁFICA DEL NUEVO ORDEN MUNDIAL

Estimamos que la propuesta geoestratégica de un Mercado Común Latinoamericano y Caribeño podría revalorizar las ventajas de su patrimonio geográfico físico y ambiental ante la creciente crisis de la artificialización geográfica del Nuevo Orden Mundial. La diferente dotación de superficies terrestres y marítimas, recursos naturales, biodiversidad

y otras expresiones geofísicas y ambientales es posible de modificar a escala planetaria, salvo que prime una depredadora y derrochadora voluntad humana. Por ello, quienes hemos sido beneficiados de esta dotación geográfica y ambiental, deberíamos sacar ventaja de esta oportunidad. Habría que enfatizar en el papel fundamental que pasa a representar la dimensión ambiental en el desarrollo económico.

Así, la geoestrategia latinoamericana se debería apoyar en tres aspectos correlacionados: conservación ambiental, ordenación espacial y movilización de los recursos naturales. No se puede caer en la trampa de menoscabar la variable de la ventaja espacial y ambiental frente a países donde sólo es posible la artificialización geográfica. Es actitud de incautos repetir, junto a voceros de países desarrollados, que pueden soslayarse las exigencias ambientales a la industria, o creer que la liberalización de los mercados se debe producir sin la adopción de normas de protección ecológica. Asimismo, es simplista estimar que es una ventaja en costos menores de producción la inexistencia en muchos países latinoamericanos y caribeños de restricciones vinculadas a la conservación ambiental.

Coincidimos con Mateo Magariños de Mello en la absoluta necesidad de implementar una geoestrategia ambiental común: «La integración ambiental de Iberoamérica, continente devastado por la sobre explotación de sus recursos y poseedor de ecosistemas inmensamente ricos y vulnerables es una tarea prioritaria y urgente» (13). En caso contrario perderemos nuestra ventaja comparativa del ambiente privilegiado en el desarrollo sustentable para enfrentar la artificialización geográfica.

Hasta hace poco tiempo era desdeñada la interrelación entre conservación del patrimonio ambiental y desarrollo económico, no comprendiéndose que la dimensión y las posibilidades prospectivas del desarrollo integral y de la calidad de vida dependían de esta correspondencia mutua. Ello llevó a la actitud de saquear y explotar desconsideradamente la naturaleza y sus recursos, porque aparentemente eran inacabables, inexhaustos e inagotables. A ello se sumaba la insensibilidad acerca de las consecuencias de los efectos planetarios de la contaminación y deterioro ambiental.

En este dominante marco de referencia irrumpieron posiciones cuestionadoras, destacando la campanada del Club de Roma con su primer informe en 1972 sobre **Los límites del crecimiento**, elaborado en el Instituto Tecnológico de Massachussett, MIT, bajo la dirección del profesor Dennis Meadows, donde se trataba de verificar si el desarrollo económico ilimitado podría tener futuro o si bien existían límites al crecimiento, llegando los autores a la conclusión de que el planeta alcanzaría su límite de desarrollo físico en el plazo de cien años, si no cambiaban las tendencias económicas y de crecimiento de población (14). Las demoledoras conclusiones se difundieron en nueve millones de ejemplares en 29 idiomas, pero tan pronto se superaron los efectos coyunturales de la crisis del petróleo, los países industrializados volvieron a comportarse alegre y confiadamente, que si bien proclamaban el fin del desarrollismo, continuaban en la realidad con la economía del derroche y de la cultura hedonista y consumista.

Veinte años más tarde, en 1991, se publicó la obra **Más allá de los límites del crecimiento**, elaborada nuevamente bajo la dirección de Dennis Meadows y vanos de sus antiguos colaboradores (15). Este ensayo ha comenzado a ser objeto de un nuevo debate apasionado, puesto que sus autores ponen de manifiesto que ya se han rebasado ciertos límites, enunciados en la obra anterior, y que si persisten las tendencias actuales en el

abusivo empleo de recursos naturales y generación de contaminantes, con excesivos flujos de energía y materiales, será prácticamente inevitable que en el siglo próximo se vea el colapso total de nuestro mundo. La alternativa es muy sencilla: hay que elegir entre el futuro ambiental sustentable y sostenible, con reducción del consumo material, o el colapso global. Sin acercarse a posiciones apocalípticas o de cataclismos totales, se evidencian crecientes amenazas de deterioro ambiental que van teniendo impacto directo en las relaciones internacionales (16).

Sin embargo, en planteamientos de destacados tratadistas, que se han convertido en referencias insustituibles en los debates de la geoestrategia futura del Nuevo Orden Mundial, se observa gran ausencia del valor de la conservación del patrimonio ambiental y posesión territorial de ecosistemas y recursos naturales. Patrimonio ambiental y geografía de base son desestimados o menospreciados como factores esenciales en el desenvolvimiento del neocapitalismo del siglo XXI. Incluso, para Thurow, la falta de recursos naturales puede ser una ventaja, afirmando descarnadamente: «Desde el punto de vista práctico, todos los recursos naturales se han apartado de la ecuación competitiva. Tenerlos no es el modo de enriquecerse. Carecer de los mismos no es un obstáculo para el enriquecimiento. Japón no los tiene y es rico; Argentina los tiene y no es rica» (17).

Esta posición de menoscabar el valor de la posesión y uso de recursos naturales, lo que facilita su menoscabo en los mercados internacionales, ha ido difundándose en personas que no tienen formación geográfica, no siendo inusual encontrar en diplomáticos latinoamericanos divulgaciones cuestionables al respecto, como la siguiente: «Esta Democracia, con D mayúscula, es la obvia meta de los países en vías de desarrollo. Sin embargo, en América Latina para lograr esa meta es necesario, entre otras cosas, enfrentamos a ese mito deletéreo, pero muy difuso, de que somos países ricos por tener abundantes recursos naturales. En estas últimas décadas, ha quedado amplia y suficientemente demostrado que es relativamente intrascendente, para un país, ser rico en recursos naturales. En fin de cuentas, éstos siempre pueden ser adquiridos a precios que históricamente están, cada vez más condenados a un zigzagueante descenso continuo y creciente. En este siglo, los Estados más exitosos, en el proceso de desarrollo, han sido países sin recursos naturales: Japón, Taiwán, Sur Corea, Singapur, Italia, etc.» (18).

Por lo tanto, para estos apologistas del Nuevo Orden Mundial no hay preocupación en la conservación de un patrimonio natural cuya significación sería de tono menor, privilegiándose en cambio otras variables, en donde la superioridad competitiva duradera dependería más de las nuevas tecnologías de procesos. Así, las ventajas competitivas del trabajo humano altamente tecnificado reemplazarían a las del patrimonio ambiental, vale decir, geografía física, biodiversidad y posesión de recursos naturales. Este planteamiento incluso se repite en foros iberoamericanos: «La existencia de recursos naturales es cada vez menos determinante para el desarrollo, por lo que el concepto de ventaja comparativa se ve sustituido por el de ventaja competitiva. Cobra así especial importancia el desarrollo empresarial, la modernización de los sectores productivos, la innovación tecnológica y el establecimiento de políticas de empleo y de formación profesional acordes con las exigencias del mercado)) (19).

Nuestra posición es radicalmente diferente, al estimar, sin desdeñar obvias ventajas competitivas tecnológicas y profesionales, que se sucederán a corto plazo tiempos difíciles

en el ámbito planetario del Nuevo Orden Mundial, que tocarán en especial a algunas naciones ricas, que paradójicamente son inestables en su prosperidad, al no contar con base propia de recursos territoriales, con escaso patrimonio ambiental y exiguas materias primas naturales, acompañadas con deterioro progresivo de su exangüe ambiente y escaso territorio.

La mayoría de los países ricos e industrializados ya no tienen la posibilidad de valorizar en las próximas décadas del temprano siglo XXI su respectivo patrimonio ambiental, debido a que está exánime, sumamente debilitado por haberse sobreexcedido durante largos años la explotación de suelos, aguas, minerales y fuentes energéticas, con aumento de las precipitaciones ácidas, sobresaturación de residuos tóxicos, contaminación irreversible de mares interiores, destrucción de la capa de ozono, acentuación del efecto invernadero, rarificación de su biodiversidad, escasez de paisajes silvestres y otras secuelas críticas ambientales.

En este contexto los países desarrollados habían logrado superar estos obstáculos por varios decenios y hasta comienzos del período transicional del Nuevo Orden Mundial a través de una extendida y creciente artificialización geográfica. Sin embargo, ello ya está tocando a sus límites, como se ha venido evidenciando en numerosos países de la Unión Europea y del Extremo Oriente, cuya exigüidad territorial y carencia de nuevas fronteras en sus respectivos patrimonios ambientales los limita en su crecimiento futuro.

Más aún, consideramos que algunas de estas naciones de exiguo patrimonio ambiental, junto a otras del conjunto de los actuales países industrializados y en vías de desarrollo, han entrado en situación crítica puesto que no podrán mantener su status durante muchos decenios más al acrecentarse, junto a su envejecimiento demográfico, el malgaste de su patrimonio geográfico y ambiental.

Elas perderán vigor ante los desafíos del abastecimiento del inmediato siglo XXI, que se caracterizará por ser el siglo de las carencias de agua y cereales, fragmentándose y acabando con múltiples relictos del patrimonio ambiental por crisis ecológica y/o guerras internas y de nacionalismos emergentes, diluyéndose ante la irrupción de refugiados ecológicos que acosan las últimas reservas ambientales. Estos procesos pueden ser ilustrados con casos bien específicos de diverso orden: la artificialización de parte significativa de los paisajes agrarios e industriales de Francia, Italia, Alemania, España y Gran Bretaña, conseguida con el trabajo de diez millones de musulmanes del Magreb, Turquía, India, Pakistán, Bangladesh y otros países, cuya mayoría pulula en diversas formas de hábitat subintegrado en ciudades, suburbios y campos de Europa Occidental. A otra escala las limitaciones desencadenadas por una extrema artificialización geográfica agraria que hizo avanzar la frontera hortofrutícola en España Mediterránea; la saturación de microambientes urbanos norteamericanos, europeos y asiáticos por la artificialización opulenta conseguida a través de altos e insostenibles niveles de consumo de energía: la vulnerabilidad japonesa ante las presiones de una política climática para abordar el creciente problema del calentamiento global (20). Estos, junto a otros muchos problemas de la artificialización geográfica, ponen en peligro el objetivo básico de estas naciones industrializadas de alcanzar el crecimiento económico continuo.

Estimamos que ya comenzó la lucha ecológica, al iniciarse las tensiones entre los mismos países ricos por acceder a los restos de su exánime patrimonio ambiental. Ello se

puede ilustrar, entre otros muchos casos, por el rechazo de Noruega de incorporarse a la Unión Europea para no entregar el disfrute exclusivo de sus caladeros boreales; por las tensiones entre Canadá y España-Portugal por los derechos de la pesca del fletán negro, una de las últimas especies de peces con valor comercial en los mares de Terranova; las guerras encubiertas para lograr la autonomía en el abastecimiento de hidrocarburos. Simultáneamente, incentivan la destrucción y dilapidación de los recursos ambientales de Latinoamérica y el Caribe, tanto la provisión de materias primas tradicionales, como para satisfacer las exigencias de las sofisticaciones del consumismo selectivo y refinado de sus elites, y las exageraciones del hedonismo a ultranza, con demanda de todo tipo de alucinógenos, paisajes turísticos y productos exóticos. La presión se va extendiendo a espacios periféricos de encuentro, como se evidencia en el Tratado Antártico y en la enmienda a la Ley del Mar aprobada en julio de 1994 por las Naciones Unidas. en lo referente a la explotación minera de los fondos submarinos.

En este contexto transicional del Nuevo Orden Mundial continuará exacerbándose la artificialización geográfica en los países industrializados. lo que desembocará en una situación global apremiante, ante la cual los patrimonios ambientales dejarán de ser expresivos y los paisajes geográficos mostrarán su desquite ante esta sostenida agresión antrópica del lucro inmediatista, no teniendo capacidad de respuesta ni para la reproducción sustentable de sus recursos otrora renovables de flora, fauna, agua, aire, suelos, ni tampoco para garantizar la futura movilización de sus recursos energéticos, minerales y otros, para solventar un desarrollo endógeno en el contexto planetario.

Por ello, cada vez surgen más voces en los países desarrollados para llegar a acuerdos internacionales del ambiente. alertados de la crisis de la artificialización geográfica, como se puede observar en la obra de Jean-Luc Mathieu intitulada **La protection internationale de l'environnement** (21), o en el informe del Instituto de Recursos Ambientales. Unión Mundial para la Naturaleza y Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente. **Estrategia global para la biodiversidad**, donde se señalan pautas de acción para salvar, estudiar y usar en forma sostenible y equitativa la riqueza biótica de la tierra (22). Sin embargo, varios países industrializados actúan con ambigüedad, como se observa en la práctica de los acuerdos del Protocolo de Montreal relativo a las sustancias agotadoras de la capa de ozono, en vigor desde 1989, la Convención Mundial respecto a la Ordenación. Conservación y Desarrollo Sostenible de los Bosques, aprobada en la Cumbre de Río en junio de 1992. o en sus acomodaticias posiciones en la Conferencia de Berlín sobre Cambio Climático.

En casos extremos, ya se ha llegado a amenazas crecientes de sectores internacionales al conjunto de Latinoamérica y el Caribe, como los que se expresan en los obstáculos espaciales por la extensión de los paisajes de producción y distribución de alucinógenos y narcóticos, del terrorismo internacional, de la explotación clandestina sumamente deteriorante de metales preciosos, e incluso presión de organizaciones ecologistas transnacionales sobre la libre disposición nacional de recursos naturales (23).

Ante este cuadro. junto con la pérdida del significado operativo de las distancias geográficas y el empequeñecimiento del tamaño relativo del mundo, es fundamental estructurar variables en el marco del propuesto Mercado Común Latinoamericano y Caribeño para aprovechar positivamente sus ventajas ambientales y de recursos naturales

ante la crisis de la artificialización del Nuevo Orden Mundial. Más aún, esta institución se debería convertir en instrumento de defensa ante el acoso de sus recursos y ambientes, demandados por los megabloques planetarios.

Colofón

Como anotación final sólo desearía enfatizar que estas tareas geoestratégicas deberían ser estructuradas interdisciplinariamente, en equipos en los cuales es necesaria la participación del geógrafo. Participación que tiene que ser realista y pragmática, muy en relación a las opciones y ventajas comparativas que ofrece el espacio, los recursos humanos, las materias primas naturales y el ambiente latinoamericano y caribeño.

Esta proposición, que puede parecer un tanto abrupta en otras naciones donde el geógrafo profesional ha afianzado su presencia institucional, es absolutamente necesaria en América Latina y el Caribe, puesto que uno de los aspectos básicos de la evidente ineficacia de la mayoría de los acuerdos subregionales latinoamericanos de integración y del fracaso de múltiples organismos internacionales concebidos para la promoción de dicha integración, radica en sus visiones unilateralmente economicistas y/o jurídicas, diseñadas en gabinetes asépticos, sin contacto con la realidad física americana y sin presencia de la mujer y del hombre del común.

Es necesario que la geoestrategia de la integración latinoamericana supere lugares comunes negativistas y plantee alternativas más realistas en el contexto esperanzador de la existencia de vigorosas bases espaciales, ambientales y humanas para su futuro desarrollo sustentable y sostenido. Ello se puede desprender incluso del análisis objetivo a escala nacional de los datos proporcionados por el Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo del nuevo **Índice de Desarrollo Humano** (24), según el cual sólo cuatro naciones de América Media, Guatemala, Honduras, Bolivia y Haití, están en el contexto de los 62 países de desarrollo humano bajo del planeta, mientras que 19 naciones latinoamericanas y antillanas se distinguen entre las 56 naciones de desarrollo humano medio. Más aún, hay diez países latinoamericanos y caribeños, Barbados, Uruguay, Trinidad y Tobago, Bahamas, Chile, Costa Rica, Argentina, Venezuela, Dominica y México, entre los 55 países con índices de alto desarrollo humano. Esta sólida base espacial para el desarrollo sostenido, sin asimetrías espaciales insolubles, posibilita innovadoras formas de integración global endógena e inserción promisorias de América Latina y el Caribe en la comunidad internacional en estos tiempos transicionales del Nuevo Orden Mundial.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

- (1) Introducción de Andrés Zaldivar intitulada «El Nuevo Orden Internacional y América Latina» en la obra de varios autores presentada por Héctor Casanueva. *América Latina. De la marginalidad a la inserción internacional*, Fundación del Centro de Investigaciones y Promoción Iberoamérica-Europa. Madrid: España, 1994, p. 9.
- (2) Edgar Forero, «La integración latinoamericana en el contexto de la reestructuración capitalista mundial», *Cuadernos Ocasionales*, Centro Interdisciplinario de Estudios Regionales, Bogotá, Colombia, N° 1. abril 1992, p. 40. Véase también Francisco

- Rojas, com. «América Latina y la Iniciativa para las Américas»), FLACSO, Santiago de Chile, 1993.
- (3) Michel Albert, «Capitalismo contra capitalismo»). Ediciones Paidós, Barcelona, España, 1992, p. 13.
 - (4) Lester Thurow, «La guerra del siglo XXI». Javier Vergara Editor, Buenos Aires, Argentina, 1992, p. 251.
 - (5) Nuestra conferencia se intituló «Geoestrategia latinoamericana y ambiente planetario al siglo XXI», siendo dictada en el Aula Magna de la Universidad de los Andes en la ciudad de Mérida. Se difundió nuestro planteamiento y reclamos en el artículo de Federico Fernández Christlieb, «El reclamo de la geografía latinoamericana»), en *El Financiero*, Ciudad de México, México, 22 abril 1993.
 - (6) Alberto Van Klaveren, «América Latina en un mundo de transición»), en obra colectiva, *América Latina. De la marginalidad a la inserción internacional*, op. cit, p. 25.
 - (7) Roberto Smith Perera, «La relación entre Europa y América Latina: ¿rutina o relanzamiento?», en revista *Política internacional. Revista Venezolana de Asuntos Mundiales y Política Exterior*, Caracas, enero-marzo, 1994, N° 33, p. 6.
 - (8) Corporación Andina de Fomento, *Informe Anual 1994 de la Corporación Andina de Fomento*, Editorial Arte, Caracas, Venezuela, 1995, p. 9.
 - (9) «Documento final de la Cumbre de Cartagena», reproducido integralmente en las pp. 46 a 50, en el periódico ABC, Madrid, 16 junio 1994, lo citado en la p. 46.
 - (10) En Cortes Generales de España, *Diario de Sesiones del Senado*, Comisión de Asuntos Exteriores, sesión celebrada el 14 de diciembre de 1993, comparecencia del Ministro de Asuntos Exteriores Javier Solana Madariaga. Su cita en la p. 14.
 - (11) Ver material multigráfico intitolado *La Comunidad Iberoamericana de Naciones como elemento de concordia internacional*, SEI, Madrid, 14 abril 1994. «Reflexiones políticas sobre las Cumbres Iberoamericanas»), Ministerio de Asuntos Exteriores. Sección Iberoamérica, Madrid, 4 mayo 1993. La cita corresponde a conferencia dada en el Instituto de Estudios de Iberoamérica y Portugal de la Universidad de Salamanca en abril de 1994 por D. Yago Pico de Coaña y de Valicourt, Director General de Política Exterior para Iberoamérica del Ministerio de Asuntos Exteriores de España.
 - (12) Edwin W. Carrington, «Caricom y la Asociación de los Estados del Caribe»), en revista *Política Internacional. Revista Venezolana de Asuntos Mundiales y Política Exterior*, Caracas, abril-junio, 1994, N° 34, p. 3.
 - (13) Mateo Magariños de Mello, «Iberoamérica: integración o desintegración»), en obra colectiva, *América Latina. De la marginalidad a la inserción internacional*, op. cit. p. 54.
 - (14) Donella H. Meadows, Dennis L. Meadows, Jorge Randers, William W. Behrens, *Los límites del crecimiento*. Informe al Club de Roma sobre el Predicamento de la Humanidad. Fondo de Cultura Económica, México, 1972.
 - (15) Donella H. Meadows, Dennis L. Meadows, Jorge Randers, *Más allá de los límites del crecimiento*, El País, Aguilar, Madrid, 1992.
 - (16) Ver la obra editada por Ernesto Guhl y Juan G. Tokatlian, *Medio ambiente y relaciones internacionales*, Tercer Mundo Editores con Ediciones de la Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia, 1992.

- (17) L. Thurow, op. cit, p. 48.
- (18) Sadio Garavini di Turno, «Sistema Internacional, Democracia y América Latina», en revista *Política Internacional. Revista Venezolana de Asuntos Mundiales y Política Exterior*, Caracas, enero-marzo, 1994, N° 33, p. 4.
- (19) «Documento final de la Cumbre de Cartagena», op. cit, p. 48.
- (30) Gunnar Fermann, «Presión elevada sobre la política climática del Japón y réplica de Takao Tomitate. La política climática japonesa». Artículo en *Diálogo y seguridad. Selección anual de Security Dialogue*, N° 1, diciembre 1994, Comisión Sudamericana de Paz. Instituto Internacional de Estudios sobre la Paz. Oslo, Noruega. Versión española de Nueva Sociedad, Caracas, Venezuela.
- (21) Jean-Luc Mathieu, *La protection internationale de l'environnement*. Presses Universitaires de France, Paris, 1991.
- (22) Instituto de Recursos Mundiales (WRI). Unión Mundial para la Naturaleza (UICN), Programa de las Naciones Unidas para el Medio Ambiente (PNUMA), <<Estrategia global para la biodiversidad>>, 1992.
- (23) Ver Miguel Ángel Gutiérrez, «La iniciativa para las Américas, un marco para la integración y reinserción de América Latina», en obra colectiva *América Latina. De la marginalidad a la inserción internacional*. op. cit, p. 84.
- (24) Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo. *Informe sobre el Desarrollo Humano 1993*. Editado por el Centro de Comunicación, Investigación y Documentación entre Europa, España y América Latina (CIDEAL), Madrid, 1993. pp. 153-155.